PAGINA LIRICA

De *Sol Rubín de la BORBOLLA*
(En *Rep. Amer.*)

DESDOBLAMIENTO

Yo soy la que te cuida
—la que te amo—
la que zurce tus calcetines
—y leo lo que escribes—
Yo, quien recibe
la distraída caricia ausente
y sigilosamente respiro, para que no despiertes.

Son los míos los ojos
en que pierdes tu mirada.
Soy yo la que paseo
sus ojos por tu cara;
te alisa el pelo,
te anuda la corbata;
la que voy ganando
minutos a mi muerte
contando una a una tus pestañas.
Yo soy la que a tu lado camino
el camino de ida y el regreso;
la que acomoda las sábanas
para que no arruguen tu espalda.
Yo soy la que oye el balbuceo
y construyo un poema de amor
con tu incoherencia.
Yo soy la playa que viaja en tu marea
hacia el crepúsculo incoloro.
Son los míos los brazos
en que cuelgas tu desmayo;
mía la voz que se quiebra
cuando te hablo.
Yo soy la almohada
para tu ausencia,
y la ausencia.
Yo, la que nunca,
la que siempre.

Ojo: el desacato a la gramática es intencional. Con la falta de concordancia entre el pronombre personal y la forma verbal, pretendo justificar el título y lograr el clima de ternura que intento crear.

París, 25 de marzo de 1956.

VIDA

Entre la carne y la carne;
por en medio de la sangre;
abriendo paso en los huesos,
algo se va muriendo,
mientras canta.

Entre la niebla y el sueño;
desde el vaho del cerebro;
culebreando el pensamiento,
algo se cuelga del alma,
agazapada.

Algo se va muriendo
y descansa.
Algo sigue viviendo
su ansia.

Algo que por muerto desprendido
muere su única vida:
algo que ya ha vivido
su muerte sin fin ni ceniza.

Tequesquitengo, mayo de 1957.

ELEGIA AL NIÑO MUERTO UN 29 DE ENERO

4 cirios de uniforme
lloran al muerto.
Lo mataron: la madre,
el cura y el maestro.

Con amorosa ternura
cada día
la madre le lavaba los dientes,
la ropita le cosía,
y cuidadosamente
limaba
las puntitas de las alas
que en los hombros le crecían.

El cura, jardinero,
en el pecho le sembró 2 árboles;
con gran celo cuidaba
que nadie sembrase otros,
y evangélicamente
podaba
las ramitas rebeldes
que del tronco se apartaban.

Nunca hubo otro alumno
que le aventajase;
nunca tuvo el maestro
eco semejante,
y pedagógicamente
cerraba
la ventana por donde un rayito de luz
en el alma se colaba.

Alguien al niño
un día,
regaló una burbuja de aire;
sin saber lo que hacía,
y cándidamente,
la tragó
y estalló,
dilatándose.

Se murió con los muñones
de las alas temblando;
agobiado por el peso
en el pecho de lastre,
y en el recinto, encerrado.

Los 3 presiden el duelo:
ella, en medio,
con el regazo manchado;
uno, a un lado,
con el índice en alto,
y el otro, vestido de negro,
con los ojos entornados.

Rezan las sombras dolientes
los mismos rezos de siempre:
«¡tan bueno! ¡tan dócil! ¡tan obediente!»
y callan.

«¡Lástima que se haya muerto!»
«¿Quién ha dicho eso?» ¡Hereje!
¡Que lo saquen! ¡que lo cuelguen!»
Con gran temor se santiguan
crucificando al muerto:
«En nombre de Dios, de la Patria y la Familia,
amén.»

El Jefe del Estado viene
a encabezar el cortejo,
y a condecorar a los 3 héroes
que están, como el muerto, muertos.

Muerto en su caja adornada
el niño muerto sonríe satisfecho:
le han rizado el pelo,
le han comprado anillo nuevo,
y lleva el ataúd blanco
de los domingos, puesto,
que aunque forrado
en tela ya usada,
es hermoso, y cortado
a su medida.

(Detrás de la puerta llora,
sola,
la poesía).

Madrid, abril de 1956.

AGOSTO

Es agosto y duele el sol.
Al agua, se la tragó el calor.
La tierra espera
hinchada de semillas y de muertos,
y porque no pare,
se queja.
El viento jadea
y su lengua seca se pega
en los viajeros
y en las cosas más quietas.
Porque los pájaros huyeron
maduró el silencio;
crucificaron en vano
al monigote de paja
sus hermanos.

"Este documento es propiedad de la Biblioteca electronica Scriptorium de la Universidad Nacional, Costa Rica "